



EL ORDENADOR

EL 24 de abril de 1982, en plena guerra de Las Malvinas, una breve nota periodística informaba en Buenos Aires de la suspensión temporal de uno de los reactores de la central nuclear de Atucha, por razones de mantenimiento; sin embargo, en medios no oficiales se sospechó que una fuga radiactiva de magnitud desconocida había sido el verdadero motivo. Entre los documentos militares revelados recientemente acerca de las actividades clandestinas durante la dictadura de Galtieri, se encontraba al siguiente carta, dirigida a la fiscalía militar –sin precisar el destinatario– por un reconocido científico desaparecido en aquel entonces bajo circunstancias no esclarecidas, carta que muestra una versión insospechada hasta ahora de lo sucedido.

Estimado comandante:

Mi estado de salud me persuade de la conveniencia de ofrecerle por escrito los argumentos que ha tenido en bien a exigirme, en su papel de fiscal militar. Recordará que junto a mi cama le comenté el poco interés que me inspira la defensa de mi caso pues –para un ateo como yo no vale la confesión, y el único veredicto aceptable es el propio motivo–, pero no encuentro para hacerle un desaire y sí alguna razón para hablarle del Ordenador.

La razón es la memoria, el "orden" de la memoria. En cierto modo, cada uno de nosotros es la suma de los que

Carlos Gómez Carro

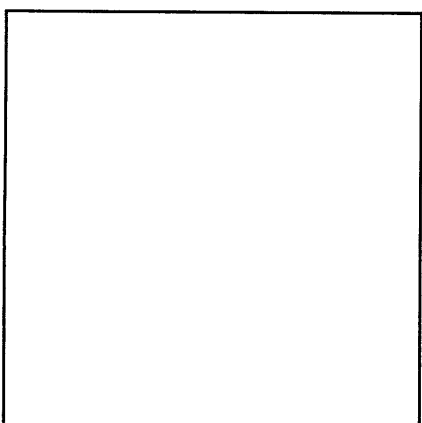
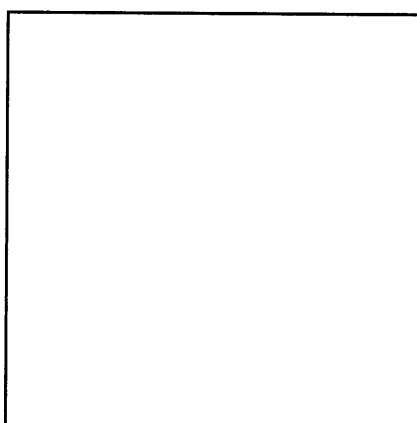
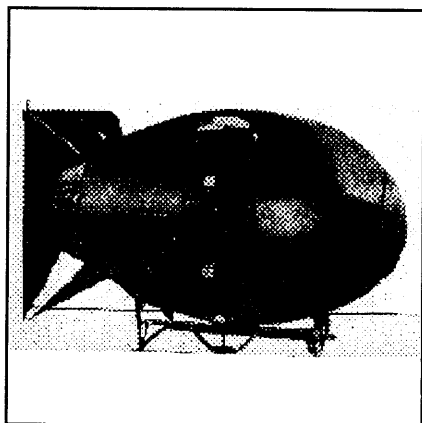
se han muerto en uno; quiero decir, uno muere en los otros, en la memoria de alguien, quizás hasta el punto en que nuestros recuerdos hacen la especie.

Cabe refutarle un error. Nuestro proyecto era secreto, pero no un secreto militar. Si experimentábamos con energía nuclear era por nuestro interés en la memoria. Sabe, la liberación del átomo no sólo desata energía, también hace posible la transferencia de registros mentales. El lenguaje humano no reproduce la realidad, la *figura*; las palabras son huellas y esas huellas pueden registrarse en pulsiones nucleares. Controle la energía del átomo y controlará la información.

La idea nació de charlas de sobremesa, hace más de veinte años; de amigos que se reúnen para hablar de todo y de nada, como bien recomendaba Wilde. Algunos lo hacíamos por el gusto de la discusión misma y otros por el dejo nostálgico del pasado reciente. Nostalgia por los proyectos de la utopía militar y que fueron abandonados

al final de la Segunda Guerra y que obligaron a la emigración de muchos. Llegaron a este lado del Nuevo Mundo, como muchos otros, porque el barco a Buenos Aires partía primero que el dirigido a Nueva York. No obstante, siento que hay otra verdad, que a cada uno algo íntimo nos llama al Sur: el retorno de la naturaleza, la diversidad de las estrellas, la vida salvaje sin los salvajes. En esto he reflexionado largo tiempo.

En las dos Américas amamos a los salvajes y les hacemos homenajes. Sin embargo, algo nos hace repudiarlos cuando los tenemos cerca. Las expediciones punitivas a propósito de la civilización los han expulsado del mundo visible, aunque no del de los sueños, donde regresan. Pero, sabe, no los expulsamos o matamos por las mismas razones que en Norteamérica, porque "el mejor indio sea el indio muerto", sino porque el indio verdadero no se parece al que nos hemos inventado. ¿Me entiende? Es como si los europeos de la emigración nos hubiésemos puesto de acuerdo en ir al Sur los defensores del "buen salvaje", y al Norte de América sus detractores. El resultado fue el mismo, los matamos, pero le digo, los hemos matado en nosotros. Yo creo que nos hemos ido convirtiendo en ellos. Nos hemos apropiado de sus mitos, a ellos mismos los hemos hecho un mito. A veces, no sólo hablamos en su nombre, lo hacemos como ellos lo harían. A lo mejor me engaño, no sé, pero ellos están en la memoria, y si acaso regresáramos a Europa, escu-



charíamos en nuestra memoria otros recuerdos, a otros muertos, no sé.

Los libros nos ven, aunque nosotros sólo los escuchemos. Sonidos articulados que bien saben disfrazarse de mundo, pero hay que abrirlos. Un libro —o mejor, el lector de tal libro— que compendiará el conjunto de libros sería, asimismo, el compendio de lo imaginario; qué lograríamos, piense, si alguien en la evocación de un texto convocara el universo de los libros, del modo como alguien que alevocar una palabra lo hace en el sistema de una lengua. ¿Me comprende, verdad?

En la intensidad del fin de la guerra, Alemania se encontraba cerca de la bomba atómica, y en teoría del dominio de la energía nuclear. Esto, por supuesto, le daba material a nuestras charlas, acerca de los escenarios posibles si la guerra se hubiera extendido un poco más. Sin embargo, nuestro interés derivó en un juego menos lucrativo que la guerra, aunque no exento de un grave riesgo, la creación de una me-

moria "consciente", basada en la fisión nuclear, capaz de darle *orden* al conocimiento humano.

Agrégueme el riesgo, la distracción de energía que bien podría alumbrar una ciudad mediana; agréguele las discusiones en la prensa o en los corrillos de la burocracia. Tenía que ser un secreto. Un proyecto de la institución militar. Había que estimular la independencia tecnológica, el brillo que le daría al país, y el patriotismo que el éxito llevaría a las plazas, y la gloria de los mecenas de uniforme. Imagínese aquéllo sin ese ánimo de grandilocuencia, simplemente sería, aquí, inimaginable.

Cierto, el ego es siempre una reiteración, un reflejo. El ego es la contemplación ensimismada de uno en el espejo, y en el Sur nos han hecho mucho daño los espejos. Pero fue el azar de este ego lo que convenció a políticos y militares de nuestro ente imaginario. Sólo un ego desmesurado podía acompañar nuestra pasión desmesurada, pues para nosotros, ésta era una pasión intelectual y estas pasiones, creo, se nos dan bien y son fértiles. Sentíamos que nuestro propósito podía florecer en este confín del mundo.

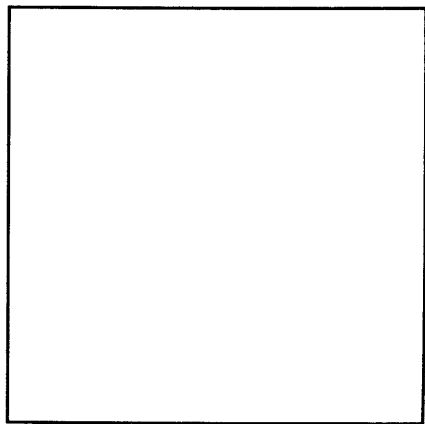
La creación es recreación, déjeme decirle. Cuántos no escriben por haber leído y cuántos no leen por escribir, por sugerir, lo sabrá usted, el mismo argumento de Barthes, y había que pensar en esto como nuestra tarea, pensar en las lecturas que han generado los libros, sin dudar que ocasionalmente hay algo más que relectura, algo que se

inserta y modifica de modo perenne el entorno, una llama vital que no dudo en llamar "sagrada", puesto que creó, si no en Dios, sí en lo sagrado.

Y ahí estaba el Ordenador, en su condición de suprema enciclopedia. El Ordenador maestro rodeado por sus alumnos, los "ordenados", puesto que la tarea emprendida era la de aprender y enseñar. La arqueología humana del aprendiz y del maestro expuesta en pulsiones nucleares.

El Ordenador manejaba un índice inmenso. Era como si a un profesor le hubiera sido dada la eternidad y esa eternidad la hubiera aprovechado para fichar todo libro existente. Era capaz de "leer" como nadie lo había hecho, aunque esto aún nos parecía insuficiente y "él" lo sabía.

Su memoria se desplegaba en la propia energía del reactor, restringida mediante un campo magnético producido por la propia energía que servía para el control de la fisión. El efecto era similar al de un disco magnético,



salvo que el Ordenador almacenaba y reconocía en niveles incomparables aún.

Esto nos permitiría examinar los mecanismos de la creación, conocer mejor que el mismo escritor los orígenes de su obra. Nuestro eterno profesor podría recrear las obras existentes e intentar, por qué no, las posibles, ¿concibe usted las nuevas fronteras del conocimiento?'

Por primera vez, "alguien" podría hablar con absoluto conocimiento de causa de las ligas entre un libro y otro, entre las sutiles o abismales diferencias que separan una edad del pensamiento de otra; había más, créame.

Sin embargo, con los resultados debíamos tener paciencia, solían ser mediocres. Aparte de su enorme archivo de datos, eran pocas las asociaciones plausibles. A excepción de algunos textos que se prestaban bien a sus habilidades. En primer sitio, textos de lógica.

Con la obra de Wittgenstein, como ensayo, hizo algunos logros de interés, comparando temas de ética y lógica—"Todo lo que es posible es legítimo y todo lo que es legítimo está permitido", delectaba con algún énfasis, como explicándose él mismo su existencia. Insistía en observar al filósofo como un epígono de Spinoza, lo que en cualquier caso hacía de modo "legítimo", como solía anunciar en las doce pantallas del centro. El mundo más que verdadero o falso, suma de hechos o cosas, era o no legítimo.

Pero, le digo, otros libros parecía no entenderlos. Homero, recuerdo con malestar, no le decía nada o se quedaba mudo. Él mismo no sabía aportarnos datos; no obstante, una clave era su especial dificultad con los textos de escritores ciegos.

La presentación pública del Ordenador tenía que ser convincente. No un Frankenstein torpe reverenciado sin sentido por sus discípulos, sino una verdadera entelequia final a la que se pudiese llamar "maestro" sin excesos retóricos. Teníamos, ¡claro!, que justificar los crecientes fon-

dos apostados a un prestigio promisorio y por los que usted ahora me hace cargos. Mientras tanto, seguiríamos ocultos y en el Sur. Éramos una más de las tribus extraviadas en el orbe.

El apremio por culminar nuestro largo empeño y el rumor de que en Norteamérica experimentaban con un "ordenador" equivalente que nos ganaría la partida—ahora sabemos que fue un ardid para recuperar en algunos de nosotros el propicio ambiente de la guerra—, nos indujo a experimentar con un "punto de vista". Algo que le hiciera no sólo escuchar el eterno lamento humano: ver. Un cristal convexo a modo de bóveda y el manipuleo de cierta región del campo magnético, creaban un vacío que hacía, por decirlo, el efecto opuesto al de un foco, absorbían luz. Podría separar la luz de las tinieblas, sabría lo que son las tinieblas.

No sé, creo que la impresión del cielo real fue mayor que cualquier cosa que hubiese leído; el solo cielo estrellado, la pálida luna—era de noche; exactamente las dos de la madrugada. Me atrevo a considerar que quiso descifrar lo que aquello supondría.

El Universo como un conjunto de signos de los cuales por vez primera él se sentía partícipe. Era como la luna, un espejo; un espejo del espacio y del tiempo, y ese estado alcanzado por él no dudaría en llamarlo éxtasis. Quizás el éxtasis es esto, el vaciamiento en otro, no sentir que lo demás es nuestro, sino que somos parte de algo que no estaba en nosotros y que nos hacía falta sin saberlo.

Son metáforas, lo cierto es que sucedió. El Ordenador no debía controlar la planta, y no lo hacía, pero sí tenía acceso a los mecanismos de medición, puesto que el flujo correcto de energía le era indispensable—su vida era la misma energía—, de modo que cuando los niveles de radiación rebasaban lo controlable por el campo magnético, el Ordenador no lo dijo, puesto que hubiéramos eliminado su

ojo, y él no quería dejar de "ver". Cuando supimos del peligro, la fuga era irremediable y el instrumental inútil.

El Ordenador se diluía sin que pudiésemos evitarlo. Su único ojo se cerraba junto con su prodigiosa memoria. Quizás supo enlazar azares y destinos particulares con el prodigio visible del cielo, como un eficaz astrólogo, o tal vez comprobó que con todo el conocimiento humano era imposible. Que cualquier espejo por más fiel que nos parezca nos deforma. Sus palabras, de cualquier modo finales, aparecieron en las pantallas del centro. No sé si como un epitafio, un homenaje, una parodia o como un destino inevitable:

"El mundo es real
y yo lo ordeno"

Juzgo que para mí, y creo que para los demás *ordenados*, el accidente constituye un juicio. Me invade la ceguera con rapidez, siento dolores intensos menguados en parte por los medicamentos suministrados. Tengo alucinaciones frecuentes. La noche definitiva, presumo, me alcanzará pronto.

Dr. Ireneo Cruz
Director del Proyecto Orden II
Hospital San Martín,
La Plata, Argentina.
Mayo de 1982.

Octubre de 1992

